

SEÑALES DE UNA POESÍA MESTIZA
EN EL PARALELO 40 SUR

DELIA DOMÍNGUEZ

Discurso de incorporación a la
Academia Chilena de la Lengua
(25 de mayo de 1992)

"No estoy solo jamás.
Muchos de los que vivieron antes que yo,
que a veces se disuelven
urdieron
lo que soy"

(R.M. Rilke)

Y soy como los animales, sé pisar en la oscuridad y no duermo sobre arenas movedizas. Desde el fin del mundo podría volver con los ojos vendados a mi vieja casa en las colinas. Pero ese paso de vals no sería, no es, para resucitar paraísos de infancia o para aliviar dolores de parto y ponerme a la segura en ese reino —paralelo 40 sur— donde la poesía es mi leche de madre, no. Porque el prendimiento a la zona con la tira del ombligo sangrando todavía, es una razón de vida y una razón de muerte: mi forma de salvación eterna. Y la salvación comienza con el uso de la razón, con la salida de la muela del juicio en su sano juicio, con el abecedario y la primera palabra de arrimo que largamos al prójimo en el lugar del nacimiento. Allí comienza la persona humana a definir sus fundamentos con lo que es capaz de hacer y deshacer, es decir, *con sus obras*. Pero, esta premisa no es un descubrimiento de América ni una inspiración del momento, porque en el siglo 17 el teólogo sueco Emanuel Swedenborg, científico, filósofo, y además, ebanista, tipógrafo y carpintero iluminado, predicó una religión en la que hablaba de la salvación por las obras, no sólo las del espíritu sino de otras, que podrían llamarse manuales o menores.

Yo católica, mestiza, minimalista y campesina, con el permiso de mi Señor Jesucristo —entre los rezos heredados del "Vater Unser" luterano y los santos con ropa de las capillas rurales— suscribí las tablas de la ley de Swedenborg que contienen un amplio repertorio para alcanzar el estado de gracia, cuyas exigencias son: la bondad, la justicia, la inteligencia abstracta, y el ejercicio del arte. Y en ese ejercicio, pienso, hay que

comprometer las médulas. Amén, por ahora. Y ahora a mi recurso del habla y al discurso de la que habla.

Señores académicos: gracias por la llamada al sur, por ver las señales de una poesía bisnietas de colonos, escrita al comienzo por las machetas que abrían el bosque en dos mitades para que las mujeres calentaran su matriz y pudieran parir en la blandura de los pastos; gracias por mirar hacia mi *Finis Terrae*, por descorrer la niebla de los lagos, por encontrarme entre los alfabetos de la lluvia y pasarme por el civil para cambiar mi estado de hija natural, al de hija reconocida en las fojas archivadas de la literatura.

Porque esta designación de ocupante del sillón N° 4 de la Academia de la Lengua me obliga a pronunciar con respeto y humildad los nombres de mis antecesores que con sus relumbres dieron cuerpo y alma a este puesto fijo que empieza con la vida y empieza con la muerte.

Así, en 1885¹, don Diego Barros Arana en la historia de su historia con sus sabidurías consagradas al más puro humanismo, figura como su fundador. Después, en los albores del siglo (1909) el lugar fue asignado a don Manuel Salas Lavaqui, pedagogo, jurisconsulto, Ministro de Instrucción Pública y autor de un importante manual titulado: "Observaciones sobre la Ortografía Castellana". Don Manuel Salas fue el segundo secretario perpetuo de la Corporación, tan perpetuo, que duró en el cargo hasta 1925. Fue sucedido por don Ricardo Montaner Bello, hombre de Derecho, tratadista, historiador y periodista, fundador del Ateneo de Santiago. A su muerte y para continuar la línea hereditaria, se eligió a don Augusto Iglesias, comprometido con la prosa más variada de su época (*El Goethe de mi Otoño*) por ejemplo, y con todo un registro literario comprendido en las disciplinas más ricas del pensamiento. Y de ese pensamiento ilustrado pasó el lugar —por votación libre y soberana— como es tradición, a don Diego Barros Ortíz, mi digno antecesor.

Así, guardadas las debidas distancias y menguando el tamaño de los merecimientos, yo vendría, vengo a ser la sexta generación que toma asiento en el sillón.

Diego Barros Ortíz nació en Viena (1908) mientras su padre ejercía un cargo diplomático. Llegó a Chile con el asombro y las delgadeces vulnerables de un niño de tres años. Poeta y narrador, periodista Registro N° 82 del Colegio de la Orden, autor de canciones con música de fondo, guitarreaba la más famosa en la Pulpería "La viuda de Sartre", cuando bajaba con las tropillas a Puerto Aisén a esperar tiempo para el despegue, porque a la par —Alsino Concebido y General del Aire— era aviador de transparencias, de ruta enamorada como las cartas que repartía desde los cielos visibles e invisibles.

Durante varios períodos fue Director de la Sociedad de Escritores de Chile y del Pen Club, redactor de "El Imparcial", columnista de los diarios "La Segunda" y "La Tercera". Además, Ministro de Educación, Director

de ZIG-ZAG, Presidente de la Editora Gabriela Mistral y Comendador de la Legión de Honor de Francia, distinción a la que se agrega más de un centenar de condecoraciones académicas.

Dejó una obra literaria marcada por la identificación del hombre con la metáfora porque su vida transcurrió, exactamente, entre lo celeste y lo terrestre ajustada a la estricta acepción de la palabra.

"... Yo llegué poéticamente a la aviación, muy alimentado por Neruda que, para mí, es lo más alto. La poesía me dio la ubicación celeste del Paraíso Perdido con rigurosa exactitud; sus alas permitieron derivarlo a lo largo y a lo ancho del universo... Y entonces el Padre Dios ¿dónde moraba, tal vez en la línea imprecisa donde el sol apaga su linterna noche a noche?... Yo nací con un deseo de alas, y el vuelo es lo mismo que el espíritu cuando escribe"².

Multifacético en las formas de expresión, destacó por la amplitud de géneros que su pluma fue capaz de abarcar, pluma acompañada a un entorno romántico heredado de los aires vieneses que rondaron su infancia. Siempre había en su lenguaje un vislumbre de seducción melancólica por los reinos altísimos. Con una visión cósmica a prueba de rigores físicos y de reconocimientos personales de terreno, procuró averiguar el origen del mito sin desmoronar la magia de la antigua leyenda. Sabía de memoria los rumbos secretos, la cartografía para llegar a la Ciudad de los Césares en su "Itinerario de la Imaginación".

Algunas obras suyas:

- Sombra de alas* (Poesía, 1931)
- Más allá de la sierra* (Viaje a la selva amazónica)
- Cosecha sentimental* (Cuentos, crónica y poemas, 1934)
- La cortina de bambú* (Novela, 1949)
- Kronios o la rebelión de los Atlantes* (Novela, 1956), y
- Hojas de marzo* (Poesía, 1957).

Mis parlamentos ocasionales con Diego Barros fueron, con toda intención, ajenos a la literatura. El primer encuentro personal de un contexto alucinante para cualquier cristiano en esta vida, fue en una lejana cancha de aviación, casi clandestina, cuando yo apenas iba en "ojo" del Silabario Matte. Por eso, al ser elegida para sucederlo en esta Ilustre Academia que, aparentemente, nada tiene, o tendría que ver con un avión desvanecido en la niebla y con una niña antigua semiborrada por la misma niebla, me vino de golpe un "Creo en Dios Padre Todopoderoso, y en Jesucristo su único hijo" que junta a los que tienen que juntarse, no por santos sino por humanos, porque estaba escrito en las astrologías que cada uno debe asumir.

Para hilar el motivo del rezo, paso a confesar mis aproximaciones temáticas con Diego Barros, que se refieren a la migración de los pájaros y sus instintos naturales, argumento que me afiebra el pensar después

de enterar edades contemplando los cielos limpios de mi zona y sus recados de buena o mala encarnadura.

Así aprendí la sencillez de las señales y algo de las formas de navegación animal que utilizan las aves, casi incomprensibles para los humanos, pero que están sujetas a ciertos mecanismos instintivos que sólo ellas poseen. Pienso, precisamente, en la historia del ganso de Canadá (que bien podría ser la Nils Hølgerson) ave fantástica según el biólogo norteamericano Dr. Archie Carr en su tratado sobre los impulsos desconocidos que, sin razón aparente, actúan en una zona o especie determinada para hacerla emigrar.

Este ganso, que en la noche encabeza su bandada sobre el continente hasta los pantanos de Louisiana, está cruzando un aire agitado anteriormente por alas crecidas de remotos nidales armados en línea ancestral. El lugar en que se detendrá ha escuchado graznidos de antiguas generaciones. Las señales de que se vale mantienen al ganso *en posición*, como lo hacen las de un aeropuerto con el piloto que vuela por aparatos.

Muestra probada de la relación viviente entre los polos magnéticos: hombre-animal-naturaleza.

Esta confirmación me hace pensar en Borges cuando habla de los cabalistas y de la importancia de *relacionar* en sus planteamientos teóricos: "La existencia del mundo está basada en correspondencias, por ejemplo la creación, es una escritura secreta, una criptografía que debemos interpretar, y que todas las cosas son realmente palabras, salvo las cosas que no podemos entender y que tomamos literalmente"³.

Aparte de la cábala, yo vivo interpretando los pases mágicos correspondientes que, en este caso, tienen mucho que ver con mi conocimiento en estado silvestre de Diego Barros Ortíz, con los empiezos de esta escritura, con el verso sin tergiverso donde Goethe y Rilke, Hölderlin, almidonados en ropa de domingo, jugaban a la "Gallinita Ciega" con De Rokha, Mistral, Huidobro y Neruda, en los patios de los galpones fantasmas. Todo tiene que ver —correspondencia— con la geografía física y metafísica de la zona, con la "ocupancia" del sillón, con los jóvenes y las muchachas que iban a los salones iluminados de las grandes casas de tres pisos, donde una orquesta cambiaba los silencios por compases de Straus o de Franz Lehar. Porque el Rahue, el Danubio, y mi yegua Pancha, tienen que ver con las seriales de "El Peneca" y los dibujos de Coré —correspondencia—, la década de los cuarenta en el mundo: con la muerte de Selma Lagerlöf, primera mujer reconocida con el Premio Nobel de Literatura; con la publicación de *El Aleph*, de Borges, en el mejor aire de su Buenos Aires; con la Greta Garbo, porque entonces se presenta su película "Ninoska" en París, y también —correspondencia— con el estreno en Zúrich de "Madre Coraje" de Bertolt Brecht pero, sobre todo, tiene que ver con la coronación de Gabriela en Estocolmo. La década de los cuarenta en el país y, en este caso, con Diego Barros al

comando de la base aérea de Chamiza en los deslindes de Puerto Montt, y a más no poder, con "Leche Negra" héroe de mis cuentos y recuentos —correspondencia absoluta—.

El cuento.

Érase una vez, una niña repolluda, que vivía en el campo con sus abuelos colonos. Tenía la cara gorda y la peinaban —en un esfuerzo de bonitura— con crespos a lo Shirley Temple. Nacida de mezcla chilena por el padre y alemana (de Hamburgo) por la madre, le bailaban, revueltas en la imaginación, las sagas nórdicas con las leyendas caseras del mito huilliche.

Entonces, en lo tocante a modernidad, la ciudad de Osorno no tenía aeropuerto con torres de control, ni señoritas con micrófono para anunciar las salidas y llegadas de los aviones, ni sombras de radar, ni nada. Los valientes debían aterrizar al tanteo en canchas delimitadas por humo de paja dentro de los fundos planos de la zona.

Un día, de esos que no se empañan jamás en la memoria, un Fairchild PT-19, explotó como un sol recalentado contra el cielo y, desde las alturas, cayó la muerte del piloto y cayó la muerte de Seguido Navarro (Leche Negra) para enterrar sus eternidades en un faldeo de la colina donde la niña con crespos de Shirley Temple y montada en la yegua Pancha, juraba que veía volar a Saint Exupery, a Mermoz o a Nils Hølgerson.

Entonces, velo de luto, la luz en el paisaje como tramposa mancha descolgada, y Diego Barros: un rezo de mudez y valentía, aquella tarde cuando en la carlinga de otro Fairchild, voló más alto que la muerte.

He aquí el cuento que no es cuento, sino un hecho probatorio del CREADO de los que tenían que juntarse, por el Espíritu Santo de la galaxia de arriba y, por el no tan Santo de la galaxia de abajo.

Ahora, el cuadro de los tiempos presentes, que es el cuadro del comedor, donde no estoy pintada, donde vivo.

"Cuadro real: no invento nombres
para la salvación eterna,
Soy la hojarasca del último verano
aquí en la pieza de paredes blancas
donde un cuero de zorro
y una linterna de vidrio, me acompañan.
El comedor vacío de personas,
cuadro real: oscurece en el sur,
las palabras no dicen lo que pronuncian las palabras,
hay que aprender la trapa del silencio,
Ropa gruesa para la soledad, decían las ancianas,
cuando estiraban sus retajos en tiempo del deshielo
y llovía 40 días y 40 noches
y el río era un tambor de guerra
bombardeando los tímpanos,
El comedor vacío de personas,
cuadro real: estoy aquí para no falsear

paraísos terrenales, para tomar mi sopa,
sin máscaras ni cuero de gallina.
Estoy con los retratos de los viejos colonos,
con Gustav Mahler (Das Lied von der Erde),
y un chal tirado sobre mis botas húmedas;
oigo las liebres que suben desde el plantío
hasta este cuadro de comedor
donde no estoy pintada,
donde vivo”.

Y vivo procurando una perpetua identidad con el paisaje, al son de una conducta que rige cada parto lírico, que viene a ser, también, un parto de jugos y cartílagos, una conciencia que dura 150 años, desde que los primeros colonos traídos por Vicente Pérez Rosales espejearon su alma en la luna vidriosa de los grandes lagos. Desde entonces, sus nietos y bisnietos comenzaron, comenzamos a escuchar un silabario de dos lenguas, un idioma canteado de tanto ir y venir con la memoria entre dos sangres, entre dos madres sentadas de polo a polo con los hijos colgados a la cintura para que al lado peligroso de la otra geografía no fuera a lastimarlos. Pero este silabario comenzó históricamente cuando se fundó la escuela Alemana de Osorno el año 1854 que, para orgullo nuestro, vino a ser la segunda en antigüedad de Sudamérica, ya que la primera habíase fundado en Buenos Aires en 1843. Su Director inicial fue don Carlos Herbeck, quien entonces ganaba \$ 17.20 centavos al mes, mientras el establecimiento entero recibía una subvención fiscal de \$ 144 anuales. Más tarde, por el 1900, el gobierno alemán estimulado por la hazaña de sus maestros otorgó a la Deutsche Schule un aporte de 500 marcos al año. La enseñanza —segunda mitad del siglo XIX— pasó a ser cosa pública con la traída de cerebros germanos que vinieron a reforzar la dimensión del pensamiento estético en las aulas criollas. Para recordar: don Enrique Schneider, profesor del Instituto Pedagógico y visionario vanguardista en cuanto a las reformas de instrucción secundaria; el Dr. Rodolfo Lenz en filología, reconocido como el primero de América en sus altas materias; el sabio naturalista Dr. Rodolfo Armando Philippi; y las figuras más cercanas del Reverendo Ernesto Wilhelm y, de otro religioso, Martín Gusinde, quienes estudiaron junto a un grupo de grandes investigadores nacionales las características raciales de las tribus aborígenes del país, aporte testimoniado en los Anales del Museo de Etnología y Antropología de Chile.

Así, por siglo y medio las cabezas de los descendientes mestizos fueron cargándose con las visiones de una leyenda cercana y de otra lejana, para escribir su propio capítulo marcado por un realismo asumido en toda su espesura dentro de la historiografía perteneciente a la zona del paralelo 40. Pero, sobre todo, yo siento estas causales, estas hechuras coordinadas con una *biopoésia* que compromete los sentidos confesos y los no confesos también.

Y dentro de este argumento está el germen de toda una literatura del valle comprendido entre la Mariquina por el norte, el Golfo de Reloncaví y la Isla Grande de Chiloé, por el sur. Territorio poblado primitivamente (época prehispánica) por tribus huilliches que tenían su propia civilización con un alto nivel en los cultivos agrícolas, en la ganadería, obrajes de paño y alfarería⁴.

Pero, lo más importante, para fundamentar el lenguaje oral y escrito, es la revisión de la *toponimia* de la Región de los Lagos que orienta, acerca de la etimología del habla cotidiana, mezcla balanceada entre: raíces indígenas, formas lingüísticas traídas por los conquistadores españoles, y la toponomástica germana. A la letra, Bernales Lillo: "La toponimia, desde el punto de vista lingüístico, nos proporciona elementos fonéticos, morfológicos, sintácticos y semánticos propios de estadios lingüísticos antiguos"⁵.

Así, es natural que una pequeña historia literaria socorrida por tantos elementos visibles sea, en buenas cuentas, la huella digital de quien la escribe. Y en esa instancia me declaro bautizada con una identidad que solamente es un largo poema atado a los cabos de la tierra, en el que trajinan, no sólo yo, sino aquellos que viven su texto y sus pretextos con el peso de generaciones pegado entre la lengua y el paladar, los poetas predestinados al paralelo 40⁶, donde veo a Floridor Pérez en el cabezal de los volcanes, a Omar Lara, Federico Schopf y Valdés en su Trilce valdiviano; donde veo a Clemente Riedemann, a Gabriel Venegas, a Rosabetty Muñoz con "sus hijos para llenar este pueblo abandonado", a Sergio Mansilla doctorándose en Washington; donde veo a Trujillo en su balancín, a Sonia Caicheo, a José Teiguel en sus heredades de pasto y de agua, a Tatter, Contreras y Oyarzún, escampando. Donde veo, en el cuarto creciente a los bisnietos de los grandes Caciques: Sebastián Queupul, Leonel Lienlaf, Elicura Chihuailaf, y Jaime Luis Huenún, con su habla iluminada de rescoldos huilliches:

"Los árboles anoche amáronse indios: mañío e ulmo
pellin e hualle, tinea a lingue nudo a nudo amáronse
amantísimos, peumos
bronceáronse cortezas, coigües mucho
besáronse raíces e barbas e renuevos, hasta,
el amor despertar
de las aves ya arrulladas
por las plumas de sus propios
mismos amores trinantes".

(Huenún, Fragmento)⁷.

En esta instancia o circunstancia trajinan también mis antihéroes de este lado del sol: "Leche Negra", la Vicky Baéz que, como Borges —con todo respeto— murió no murió sosteniendo, por olfato, que mientras ella permaneciera en letras de imprenta, es decir, en la memoria colectiva,

sería inmortal; la Frida Haase, quien ayudó a sacarle una pestaña del ojo al Príncipe de Gales, y le prestó su lápiz, cuando su Alteza vino a tomar aires lacustres antes de la Wallis Simpson; el Lucho P. que se volvió Corales a la pasada del circo; la Sra. Yike que tomó "olor a santidad" abrazada a su *Pequeño Larousse Ilustrado*. Mis antihéroes, mezclados con la gran tradición romántica alemana, afebrados de lirismo, dramáticos en los contenidos vivenciales, en los símbolos que van desde el intimismo eslavo hasta el expresionismo indo-latino-americano.

Porque ellos, los ajenos a la letra pronunciada, los de la fotografía en blanco y negro siempre, los que ayunan su Cuaresma con huevos de becasina en los mesones amanecidos del bosque, los que encienden velas a los santos vestidos, los encaminados de silencio que con mano sosegada escriben cortas palabras de tristeza, los que no juran su santo nombre en vano, urdieron, están urdiendo lo que soy.

Y confieso con humildad toda la influencia, todas las cargas, las sangres revueltas de mi latitud colonizada. Porque estará de Dios —pienso— que todo sea un puro verso, una capacidad de naturaleza para pisar en la oscuridad como los animales, para volver con los ojos vendados, desde el fin del mundo, a mi vieja casa en las colinas. Así sea.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. D. BARROS ORTIZ. *Discurso Incorporación*, 25 de septiembre de 1975.
2. Diario de 1975. *El Cronista*. Santiago de Chile.
3. *Borges Oral*. Emecé Ed. Págs. 57-58.
4. F. GUARDA, *His. de Valdivia*.
5. M. BERNALES LILLO. *Toponimia de la ciudad de Valdivia*.
6. IVÁN CARRASCO. Textos poéticos chilenos de doble registro. Rev. Ch. de Literatura N° 37 (1991).
7. Ediciones Cartas al azar. *Muestra de poesía Chilena*. M.T. Adriaola y V. Zondek (1989).